

# Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

## ¿Qué está perdiendo la Iglesia con la marginación de la mujer? [What the Church is losing the marginalization of women ?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	del Moral, Maite
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-07 03:22:21
Link to Item	<a href="http://hdl.handle.net/20.500.12424/222815">http://hdl.handle.net/20.500.12424/222815</a>

## **¿QUE ESTA PERDIENDO LA IGLESIA CON LA MARGINACION DE LA MUJER?**

Por MAITE DEL MORAL

---

La contribución de la mujer al desarrollo del mundo actual parece algo que se está imponiendo con la fuerza de su propia evidencia. La salida de lo doméstico y la participación en la «cosa pública», sobre todo si entendemos ésta como algo que va más allá de lo que popularmente se entiende por espacio político, es ya una realidad, aunque esta realidad todavía afecta sólo a un reducido número de mujeres, dentro de una pequeña parte del mundo. Este fenómeno se está considerando de tanta importancia, que ya en algunos sectores comienza a hablarse de «la revolución de la mujer».

Partiendo de la tesis de que esta presencia de la mujer aporta, y aún puede aportar más, aspectos cargados de una especificidad enriquecedora, pensamos que la reivindicación femenina no debe partir solamente del evidente derecho de la mujer como persona humana a tener las mismas posibilidades que el hombre, sino de la propia sociedad que necesita esta aportación.

Queremos decir con esto que el esfuerzo necesario para hacer realidad esta presencia de la mujer nos compete a todos, varones y hembras, puesto que todos habremos de salir beneficiados. El problema no reside, pues, en que las mujeres nos abramos paso a empujones hacia un espacio reducido, donde si nosotras ocupamos un lugar, dejan de ocuparlo ellos. En este campo hay sitio para todos, el mundo es muy grande, pero son nuestras actitudes las que lo convierten en un terreno de batalla.

En efecto, por parte del hombre, parece que existe una resistencia a dejar de ocupar el papel dominante que durante tantos años de historia ha

desempeñado. Suelen tener muchos varones la desconfianza y el temor del que puede ser desposeído o, en el mejor de los casos, un sentimiento de perplejidad ante ese nuevo tipo de interrelación que hay que inventar, pues carecemos de modelo para llevarla a cabo.

Por el lado de la mujer tendríamos también muchas cosas que revisar, pues a veces da la sensación de que sólo sabemos funcionar al modo masculino, o que nos dejamos llevar de una cierta inercia que nos hace no sentirnos demasiado incómodas en nuestro rol de marginación.

Son éstas pequeñas pinceladas en relación a un problema que ocupa y preocupa al mundo moderno. En torno a él andamos, hombres y mujeres, con mayor o menor acierto, buscando caminos y haciendo a la vez camino al andar.

Pero en este camino tenemos a veces la sensación de topar con muros, más que con dificultades, y uno de estos muros, y no precisamente de reducidas dimensiones, tiene pintado el nombre de Iglesia.

En efecto, causa sorpresa cómo, mientras en otros campos de la sociedad se van produciendo avances en este terreno, encontramos en las instituciones eclesiales una enorme resistencia a admitir que la mujer desempeñe funciones diferentes de aquellas que competen a la Marta del Evangelio. Y de este modo andamos las mujeres, trajinando en la casa, la nuestra y la de la Iglesia, para que ésta quede en perfectas condiciones cuando los varones acudan. Y así, las iglesias de nuestros pueblos están limpias; los candlabros, relucientes; las casas de ejercicios, a punto; incluso se nos permite atender a nuestros niños en las catequesis; pero nadie nos dice: «Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas: sólo una es necesaria. Sí, María ha escogido la parte mejor, y ésa no se la quitará.»

Dentro de la institución eclesial, seguramente se afirmará que a la mujer se le da una gran importancia. Y es cierto que, probablemente, no sólo se la valora, sino que se la idealiza. Pero esto siempre dentro de unos cánones bien delimitados que los Padres de la Iglesia establecieron hace ya muchos años, pero que los nuevos Padres siguen considerando idóneos.

Una, a mi modo de ver, absurda interpretación del mito del Paraíso nos advierte que no debemos parecernos a Eva, y una miope visión de María nos aconseja ser, como ella, modelo de abnegación y santidad. Y, siguiendo estos modelos, es preciso dejar la función pensante, el papel de guía, a los varones de la Iglesia, que nos dirán cuáles son los caminos correctos a seguir. La exégesis, la hermenéutica, el ministerio, a ellos queda reservado. De nuevo, la casa para la mujer, el ágora para el hombre.

Y, de momento, parecen estar así las cosas. Sin embargo, no se trata en este artículo de quedarnos en una mera postura de denuncia.

Tres son las cuestiones que quisiéramos plantear aquí como intento de aportación dentro de este intrincado tema:

1. ¿Podríamos hablar de algún tipo de especificidad acerca de lo femenino?
2. Si acaso encontramos alguna especificidad femenina, ¿habría algo en ella que pudiera explicarnos el motivo por el que se vive peligrosamente o las razones de su rechazo y marginación?
3. ¿Qué consecuencias puede tener esta marginación dentro de la Iglesia? ¿Cabría, por el contrario, considerar enriquecedora su inclusión?

Intentar dar una respuesta sobre el complejo tema de la especificidad de lo femenino sería un esfuerzo en exceso ambicioso. No pretendemos aquí tal empresa, sino que, partiendo de un campo al que he dedicado muchos años de estudio, el campo de lo simbólico, intentaremos descubrir en qué medida el estudio de los símbolos femeninos puede aportarnos alguna luz acerca de esta cuestión.

Esto nos permitirá reflexionar acerca de si existe algo en las características de lo femenino que pueda explicarnos alguna de las causas de su marginación a lo largo de la historia, para pasar a analizar en un tercer momento las consecuencias que esta marginación pueda tener en la Iglesia.

## 1. ACERCA DE LO ESPECIFICAMENTE FEMENINO

Si hacemos un breve resumen sobre la simbólica femenina en la Historia de las Religiones y en el mundo de los mitos, podremos entresacar una serie de rasgos.

a) Existe todo un conjunto simbólico que gira en torno a la mujer como tierra. Ya incluso antes de la aparición de la agricultura, vemos que el primitivo modelo de hierogamia o matrimonio sagrado es la unión entre el Cielo y la Tierra. Aquél fecunda a la tierra a través de la lluvia, y ésta, gracias a esta fecundación, produce sus frutos.

Con la aparición de la agricultura, la mujer-tierra fecundada adquiere gran importancia. El simbolismo sexual enriquece el conjunto. La tierra se

identifica con la mujer. El surco, con su vagina, que, penetrada por el arado-falo, acogerá la semilla-semen y producirá sus frutos. La poesía está llena de ejemplos de este tipo. Esquilo, en los *Siete contra Tebas*, afirma, refiriéndose a Edipo, que «se atrevió a sembrar en el surco sagrado donde él había sido formado». Incluso a la Virgen en la Edad Media se la designa como *terra non arabilis quae fructuum parturiit*.

El interior de la tierra se identifica con un gran seno materno que amorosamente cría a sus hijos y que incluso los acoge dentro de él cuando mueren. En este sentido, es interesante observar cuán extendida está la costumbre de enterrar a los muertos en posición fetal y colocar la tumba dirigida hacia el este, como expresión de la búsqueda de renacimiento.

Junto a estos elementos de maternidad y fecundidad aparece también en la tierra el elemento de lo oculto y lo desconocido. Los procesos que ocurren en su interior no son visibles. La semilla enterrada desaparece y es necesaria la espera tranquila para ver el nacimiento del fruto. La tierra es también el lugar de los muertos y del misterio. Frente al arriba luminoso, el abajo resulta siempre sombrío. El interior de la tierra aparece como un lugar de sabiduría, y es curiosamente el animal temido por excelencia, la serpiente, la que surge como portavoz. Los lugares oraculares se asientan en el territorio de las serpientes. Así, Apolo establece su territorio sagrado en Delfos, allí donde estuvo la serpiente Pitón. Ella, como dice el psicoanalista suizo C. G. Jung, representa el «espíritu de la Tierra», y su voz es la expresión de eso callado que habita en todos nosotros.

Es interesante resaltar también la concepción que acerca del espacio y del tiempo se da en estas culturas. El tiempo no es lineal, es cíclico, es el tiempo de las estaciones, de la aparición y la desaparición. El espacio es oculto, interno, frente a los espacios abiertos de las tribus de cazadores, pastores y nómadas.

Resumiendo: maternidad, fecundidad, tiempo cíclico, espacio interior, muerte, sabiduría son algunos de los elementos fundamentales que aparecen en relación con el símbolo de la Tierra.

b) Un segundo grupo podemos relacionarlo en torno al símbolo de las aguas. Según Mircea Eliade, en el agua está contenida una generatividad en estado latente. Las aguas están en relación con el mundo de lo virtual y lo indiferenciado. Los gérmenes están en su interior, pero pueden tardar mucho tiempo en manifestarse. Su fondo lo forman un rico conjunto de tesoros y peligros. El mar siempre es la mar para el marino, que se adentra en ella y de quien depende su vida y su muerte. Lo impredecible

forma parte de su esencia. Su relación con la luna, que rige sus mareas, es evidente.

Resumiendo: potencial generatividad, latencia, virtualidad, impredecibilidad, riqueza y peligro es lo que encontramos en el mundo de las aguas.

c) En tercer lugar mencionaremos uno de los símbolos más enigmáticos: la luna. Su reino pertenece al mundo de las sombras, de la noche. Su luz velada irradia misterio. La luna ofrece a la conciencia del primitivo la primera experiencia en relación con el tiempo. Recordemos que la raíz indoeuropea *men* dará la palabra griega que designa el tiempo y el latín *men* (mes). En su aparición y desaparición, que nunca será definitiva, encontrará el ser humano respuesta a su necesidad de que la muerte no sea para siempre. Al igual que la luna, los muertos renacerán.

El momento de la luna llena es el de los conjuros de las brujas y el surgir de los licántropos. El momento del temor a lo que de «lunático» existe en cada uno.

Noche, misterio, muerte y resurrección, enigma y magia rodean al símbolo lunar.

Hasta aquí hemos hecho un breve resumen de algunos de los rasgos que aparecen girando en torno a la simbólica femenina. Si hiciéramos lo mismo con los símbolos masculinos, veríamos que los rasgos que aparecen son muy otros. Luz, fuerza, poder, espacio y tiempo lineal, reinos en las alturas, etc., caracterizan los símbolos masculinos.

Unos y otros representan aspectos polares y complementarios, que no contradictorios. La conjunción de ambos supondría una posibilidad de integración. Arriba y abajo; luz y sombras; maternidad y paternidad; fuerza y debilidad, y muchos otros binomios, representan parejas de opuestos existentes en la naturaleza y en el ser humano, y necesarios ambos. Es por eso que vemos abundar en la mitología los símbolos que representan la totalidad anhelada y que incluyen la integración de los opuestos. El andrógino primitivo, la piedra filosofal de los alquimistas, o el *yin* y *yang* chinos, son algunos de los ejemplos que podríamos citar.

Vemos, pues, que en el mundo de los símbolos lo femenino aparece con rasgos específicos y complementarios de lo masculino. Pero obsérvese que estamos hablando de aspectos femeninos, no de mujeres, y de aspectos masculinos y no de varones.

En efecto, aunque históricamente en el mundo occidental se han atribuido estos rasgos casi con exclusividad a las mujeres, sostenemos que,

desde el punto de vista psíquico, el ser humano es bisexual. No es sólo propio del varón la razón, y de la mujer el sentimiento, por ejemplo, sino que ambos aspectos son necesarios componentes de una personalidad equilibrada. Y así como en la mitología el símbolo de totalidad representa un bien ansiado, así, en la persona, la integración de los elementos opuestos es una meta a conseguir. Los chinos dicen que si los componentes de *yin* y *yang* (polaridades que representan: femenino-masculino, oscuridad-luz, etc.) no están bien equilibrados, tanto el macrocosmos como el microcosmos sufrirán peligrosas descompensaciones.

Por lo tanto, intentaríamos responder acerca de la primera cuestión planteada, que pensamos que sí existe una especificidad de lo femenino, pero que ésta no debe ser atributo exclusivo de las mujeres, sino que también debe ser compartida por los hombres. Esto no excluye que pueda haber en las mujeres una mayor tendencia por diversos factores: biológicos, psicológicos, sociales y culturales, a presentarlos y asumirlos.

## 2. CAUSAS DE LA MARGINACION DE LO FEMENINO

Si hacemos un repaso a los rasgos que líneas más arriba veíamos aparecer en los símbolos femeninos, quizá podamos observar cómo dentro de ellos existen aspectos por los que las mujeres han sido admiradas y otros por los que han sido temidas y perseguidas.

En efecto, la mujer madre que acoge, conserva, contiene, que se presenta como fuente de riquezas y posibilidades, ha sido admirada y ensalzada. No digamos la mujer virgen, fantasía de inasequibilidad. El mundo de la emoción y del sentimiento con sus incomprensibles vericuetos también se ha visto como propio de las mujeres a las que los hombres no consiguen entender y acaban dejando por imposible. El *logos* iluminador es un atributo masculino, y éste es la única vía segura de conocimiento. Quedan, pues, las mujeres como portadoras de lo no razonable, o, si se quiere, de lo irracional. Y mientras esto se coloca en las mujeres, parecería que los hombres quedan libres de ello.

Pero cuando lo irracional adquiere características excesivas, el tema se empieza a complicar. Las lindes del misterio, de lo oculto, de lo desconocido, entran en el terreno de lo peligroso. El hombre occidental, que a veces quiere ser sólo conciencia, tolera mal el elemento desconocido de sí mismo, ese mundo que puede invadirle y descontrolarle. Necesita la seguridad, la no duda, incluso el dios que es sólo claridad. Es por eso que a lo largo de la historia son las mujeres, y algunos hombres que se atrevieron a

adentrarse en ese peligroso sendero, las que han sido vividas como portadoras del peligro. Y se las llamó brujas, se las consideró adoradoras del diablo, y, consecuentemente, se las condenó a la hoguera. Altares y llamas, idealización y condena, son el Escila y Caribdis por el que la mujer ha tenido que hacer su recorrido.

Ahora bien, si en la vida la razón, la acción, la claridad y la seguridad son importantes, no lo son menos la emoción, la duda, la espera y el poder aceptar la oscuridad mientras no vemos la luz. Es más, diríamos que sólo gracias al segundo grupo el primero puede ser auténticamente verdadero. Sólo puede estar razonablemente seguro el que se atrevió a dudar, y sólo alcanza a vislumbrar un poco de luz el que soportó la angustia de la noche.

En definitiva, creemos que el hombre ha tendido a colocar en la mujer, mediante un mecanismo de escisión y proyección, todo aquello que para él resultaba molesto. Pero al colocarlo en la mujer, él lo relegaba dentro de sí a su inconsciente, y en ese sentido quedaba como algo escondido y de lo que no podía disponer. Y por eso, él también ha sido un perdedor.

Siempre se ha hablado de la mujer como víctima de esta historia de marginación. Esto es cierto, pero no lo es menos que el hombre también ha perdido muchas cosas importantes, y, en la medida en que él ha sido el rector de la sociedad, ésta ha sido la víctima más grave. ¿Acaso no sería más constructiva una sociedad donde la imaginación, el sentimiento, la espera, la duda, la asunción de «lo otro», «lo diferente» y «lo marginado» fueran una realidad viva? Creemos que muchos dogmatismos, muchos fanatismos y esa incapacidad para dialogar con lo que es distinto a nosotros quedaría sensiblemente aliviado.

### 3. CONSECUENCIA DE LA MARGINACION O INCLUSION DE LA MUJER DENTRO DE LA IGLESIA

Creemos que este punto queda prácticamente respondido con lo que acabamos de decir. La Iglesia, como institución regida por hombres, ha querido colocar a la mujer como virgen, como madre y como cuidadora del hogar y de los hijos. Si es así, todo anda bien. Pero la resistencia viene cuando se trate de que la mujer tenga cargos de responsabilidad. ¿Por qué tanta oposición?

Desde mi lugar de persona creyente, pero no comprometida con la institución —y honestamente aclaro esto, pues pienso que el tema es más

difícil para las mujeres que luchan desde dentro—, me admira tanta cerrazón. Y no creo que deba centrarse la cuestión, aunque sea importante, en el tema de las mujeres sacerdotes. Estoy convencida de que lo haríamos muy bien, aunque en lugar de pastores fuéramos agricultoras de almas. Más grave me parece lo que pienso que se está intentando que no entre en el modo de pensar y actuar de la Iglesia, al no permitir la entrada a la mujer. Opino que en la actualidad la Iglesia se resiste a dudar, a quedarse en silencio y dejar que el fruto madure. Se resiste a aceptar «lo otro», lo diferente. Quiere siempre tener razón y no escucha. Aquel hermoso diálogo que Juan XXIII inició con la actitud del que de verdad piensa que tiene mucho que aprender, y que tanto nos ayudó a los jóvenes de aquella generación, es historia, e incluso historia que muchos quieren olvidar. La Iglesia latinoamericana, inmersa y comprometida en la dolorosa vida de sus fieles, se desvía de la verdad, ¿de qué verdad?

Se nos olvida a todos que el éxito del cristianismo fue su actitud abierta: «Ya no hay judíos ni gentiles, hombres y mujeres.» Que aquel puñado de personas, hombres y mujeres que creían en Jesús resucitado, se dirigían a los pobres y marginados, y que su diálogo con modos de pensar diferentes enriqueció sus posturas.

Mientras la Iglesia piense que el asunto es un problema de poder, de los que tienen razón y los que están en el error, en definitiva, de vencedores y vencidos, hará bien en dejar fuera a las mujeres y en expulsar de ella a los hombres que tienen sus mismas inquietudes.

Personalmente creo que el día en que la Iglesia se decida a asumir en sus hombres y en sus mujeres este tipo de posturas, y en este sentido sería absurda la exclusión de las mujeres de los puestos de importancia, estará mucho más cerca de la primitiva Iglesia de Jesús. En cualquier caso, mi confianza en el Espíritu me hace pensar que si la Iglesia oficial no lo acepta, la Iglesia viva sí marchará por ese camino, como pueblo en marcha y como pueblo que espera.